

La toma de posesión, como Académico Numerario, de D. Emilio Ybarra Churruca, debió celebrarse el 22 de Noviembre de 2000. El acto fue suspendido con motivo del asesinato de D. Ernest Lluch, el 21 de Noviembre, por lo que el 25 de Enero de 2001 se procedió a celebrar la investidura del Sr. Ybarra.

Sirvan estas líneas como recuerdo y homenaje al Profesor Doctor D. Ernest Lluch, Catedrático de la Universidad de Barcelona, a quien todos y especialmente sus compañeros de Universidad, miembros de esta Real Academia, recordaremos por siempre.

Barcelona, Enero 2001



*Real Academia
de Ciencias Económicas y Financieras*

El siglo XX:
el siglo de la economía

Barcelona 2000

Publicaciones de la Real Academia de Ciencias
Económicas y Financieras

El siglo XX: el siglo de la economía

Discurso de ingreso del Académico Numerario, Electo,

EXCMO. SR. D. EMILIO YBARRA CHURRUCA

Licenciado en Derecho
Licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales
por la Universidad Comercial de DEUSTO

en el acto de su recepción, 22 de noviembre de 2000, y

Discurso de contestación por el Académico Numerario

EXCMO. SR. DR. D. ISIDRO FAINÉ CASAS

Barcelona 2000

Sumario

Discurso de ingreso del Académico Numerario, Electo,

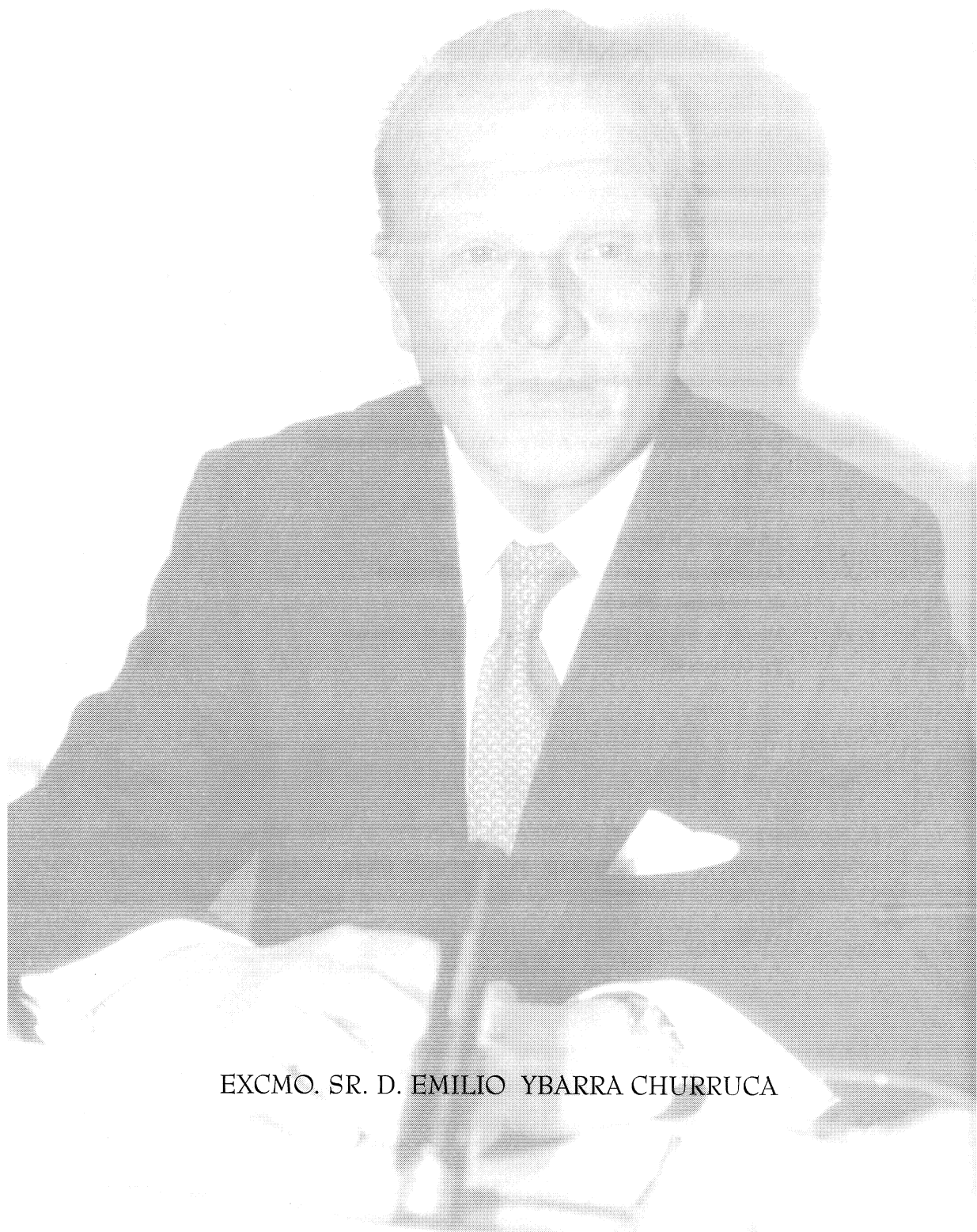
EXCMO. SR. D. EMILIO YBARRA CHURRUCA

I.	Introducción	7
II.	El crecimiento de la renta per capita	8
III.	El Desarrollo Humano, más allá de la renta	15
IV.	El Reto de la Desigualdad Económica	16
V.	El papel del sector financiero	18
VI.	El papel de la política económica: un viaje de ida y vuelta en cuatro dimensiones	20
VII.	Primera dimensión: Regulación e intervención. Del liberalismo al auge del intervencionismo y de vuelta al liberalismo	20
VIII.	La segunda dimensión: el viaje de ida y vuelta en el papel de la política monetaria y la inflación	25
IX.	La tercera dimensión: un viaje de ida y vuelta en la apertura comercial y financiera de la economía	27
X.	La cuarta dimensión: un viaje de ida y vuelta en la flexibilidad de los regímenes cambiarios	29
XI.	Mirando hacia delante: El Siglo XXI como Siglo del Conocimiento y la Globalización	30

Discurso de contestación del Académico Numerario

EXCMO. SR. DR. D. ISIDRO FAINÉ CASAS

Discurso	35
Publicaciones de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras	41



EXCMO. SR. D. EMILIO YBARRA CHURRUCÁ

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Excelentísimo Señor Presidente,
Excelentísimos Señores Académicos,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Señoras y Señores.

Sean mis primeras palabras para manifestar mi profundo agradecimiento a esta Real Academia, al aceptarme entre sus miembros.

Este honor que ahora recibo, significa mucho para mi. Significa integrarme en una Institución histórica donde el rigor científico, el estudio y la práctica de la ciencia económica se dan cita, contando para ello con la aportación de prestigiosos profesionales.

Debo y quiero agradecer muy especialmente este honor que hoy recibo al Presidente de esta Real Academia, Excmo. Sr. Dr. D. Mario Pifarré, así como a los Académicos que tuvieron la gentileza de proponerme como candidato. A este respecto debo hacer una especial mención al Académico y gran amigo ya fallecido, D. Carlos Ferrer Salat, quien fue el auténtico promotor de mi candidatura y a quien además tengo el grandísimo honor de suceder en esta Real Academia, al asumir la que fue su Medalla, la número 24, hasta su muerte.

Soy consciente de la responsabilidad que asumo al sustituir en esta Casa a D. Carlos Ferrer. Y soy consciente de que difícilmente voy a poder dejar de pensar en mi gran amigo Carlos, cuando esté asistiendo a las sesiones de esta Institución.

Su magisterio, su profesionalidad, pero sobre todo su iniciativa en todos los campos, económico, social, cultural, etc., hicieron de D. Carlos Ferrer Salat un ejemplo que yo calificaría de único en la reciente historia de nuestro país.

Todos los que trabajamos y conocimos a Carlos Ferrer somos conscientes de la grandeza personal y profesional de aquel gran hombre. Su dimensión nacional e internacional llevaron el prestigio de España por el mundo, especialmente por Europa, en unos años en que sin duda nuestro país no era percibido con el mismo respeto y afecto del que ahora disfrutamos.

* * *

En la intervención que seguidamente voy a desarrollar abordaré los aspectos más destacados de la economía en el siglo XX. En la primera parte explicaré por qué durante los últimos 100 años se ha registrado un crecimiento de la renta per cápita sin precedentes, lo que ha hecho al siglo XX merecedor del título del “Siglo de la economía”. Este título no debe ser tomado con triunfalismo, pues hay que abarcar aspectos como su distribución por áreas geográficas o la evolución de indicadores relacionados con el desarrollo humano, lo que abordaré en la segunda parte.

A continuación examinaré cómo la política económica ha emprendido un viaje de ida y vuelta desde y hacia el liberalismo a lo largo del último siglo en cuatro ámbitos: en el papel del sector público, en el rol de la política monetaria, en la apertura económica y financiera y la elección del régimen de tipo de cambio. Para concluir, trataré de mirar hacia el futuro analizando las bases de partida del siglo que va a comenzar, los recientes desarrollos tecnológicos y económicos que harán del siglo XXI el siglo de la Globalización y el Conocimiento.

El crecimiento de la renta per capita

El momento en el que nos encontramos, las últimas semanas del siglo XX, no puede ser más oportuno para realizar un balance de algunos avances fundamentales conseguidos en el ámbito de la Economía en los últimos 100 años. Quizá lo más llamativo de esta cuestión sea el que la Economía, a pesar de haber estado omnipresente en todos los aspectos de la vida de las sociedades conocidas, sólo se ha desarrollado como corpus autónomo del conocimiento científico en un período muy reciente de la Historia.

La Historia Económica desarrollada en las últimas décadas ha documentado la importancia que la dimensión económica ha tenido a lo largo de la evolución de la humanidad, condicionando de manera decisiva el horizonte de posibilidades individuales y colectivas de cada época y generación. Sin embargo, la percepción dominante hasta casi el arranque de la época contemporánea ha atribuido a la Ciencia Económica un peso más bien modesto. La Historia, como disciplina, ha tendido a ponderar al alza factores de naturaleza religiosa, cultural y política, como las macrovariables determinantes de los eventos históricos y las trayectorias de los países. Esos análisis históricos convencionales han tendido a asociar el cambio histórico con factores distintos de los económicos. Se ha supuesto que la política determinó el devenir de los acontecimientos en los siglos dieciocho y diecinueve, en los que se produjeron las revoluciones francesa y americana. Por su

parte, se ha atribuido a los factores culturales una hegemonía clara en el siglo quince, el siglo del Renacimiento, y se ha notado que la religión fue el factor clave en el siglo cuarto, con la consolidación del cristianismo, y, una vez más, en el siglo dieciséis, dominado por la reforma protestante. Además, algunos eventos de gran importancia, como la colonización de América, tuvieron una influencia determinante en la evolución a partir de entonces, y la propia Revolución Industrial, que dominó el siglo diecinueve, ha sido vista en no pocos análisis como una transformación estrictamente tecnológica, no como un conjunto de cambios interrelacionados en los que el factor económico tuvo un peso fundamental.

Desde esta perspectiva, el siglo veinte ha supuesto un cambio fundamental: ha sido el siglo de la economía. Este reconocimiento de la dimensión económica en la estructura y dinámica de las sociedades contemporáneas es compatible con la atribución de una ponderación muy elevada a las variables de naturaleza tecnológica e incluso cultural, en particular a la capacidad de creación de conocimiento, por sus efectos en el crecimiento económico y el aumento espectacular de la riqueza. El historiador y economista, David S. Landes, ha mostrado en su obra *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some Are So Rich and Some So Poor* (New York-London: W.W. Norton & Company, 1998) como la ventaja crucial del mundo occidental respecto a otras sociedades residió en la capacidad de invención y en la acumulación de capital humano, cuyos efectos acumulativos permitieron alcanzar niveles de prosperidad desconocidos en otras regiones del Planeta. La difusión del progreso tecnológico, que ya había comenzado en los dos siglos anteriores, ha sido un factor crucial en el espectacular proceso de crecimiento experimentado en el siglo a punto de cerrarse. El dramático incremento en la velocidad de difusión de las innovaciones, característico del siglo XX, no ha hecho sino acentuarse de manera notable en las dos últimas décadas con el desarrollo de las tecnologías de la información.

Sí desde la invención del automóvil hasta el acceso al mismo del 20% de los hogares estadounidenses tuvieron que transcurrir más de 40 años, ese período quedó reducido a unos 25 años en el caso de la televisión, a 15 años en el caso del ordenador personal y tan sólo a entre 5 y 6 años en el caso de la difusión de Internet. El descenso de los costes de transporte y comunicaciones ha sido determinantes en este proceso. El precio de los fletes marítimos ha descendido en torno a un 70% entre 1920 y 1990, mientras que el precio del transporte aéreo se ha reducido en torno al 80% entre 1930 y 1990. Por su parte, el precio por instrucción ejecutada por segundo de los sistemas informáticos de 1953 era de 240 dólares, mientras que los ordenadores más recientes han reducido este coste a

0,004 dólares. Es decir, se ha dividido por más de 60.000. Esa reducción del coste de procesar información es en gran medida consecuencia de la invención del microprocesador y del rápido progreso tecnológico del mismo, que queda ilustrada por la llamada Ley de Moore (uno de los co-fundadores de INTEL), según la cual, el número de circuitos que podían ponerse en un circuito *integrado* era cada año, desde 1958 en que se inventó éste, el doble de los del año anterior (ver Paul E. Ceruzzi, *A History of Modern Computing*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1998, p. 217 y ss.). Y, a su vez, la rápida difusión de los microordenadores y de lo que se ha llamado “el chip oculto” (en referencia a la presencia de microprocesadores integrados en una serie creciente de dispositivos y productos, desde los relojes a los coches) han sido fundamentales en la mejora de la productividad, la calidad y la aparición de nuevos productos. El avance de las tecnologías del transporte y las telecomunicaciones y la convergencia de estas últimas con la informática, han sido, y están siendo, factores claves en el desarrollo del proceso de globalización, entendiéndose éste como el aumento en la interrelación económica entre las distintas regiones del planeta.

En este avance ha sido clave el aumento de recursos que a lo largo del siglo se han dedicado a investigación y desarrollo, requisito clave para la innovación. Aunque no existe un acuerdo unánime en el debate sobre las causas del acelerado progreso técnico registrado a lo largo del siglo, ni existe una teoría única en torno a cuales son los determinantes de un choque tecnológico, sí que se puede afirmar que diferentes avances en el terreno institucional y social han propiciado este desarrollo. Por ejemplo, la creación de los derechos de propiedad o la existencia de mercados eficientes, que aumentan la ganancia potencial derivada de una determinada invención, son ejemplos de factores que han alentado un incremento en la dedicación de recursos a la investigación. Conforme las economías se desarrollan, tratan de institucionalizar el proceso de innovación mediante el establecimiento de políticas públicas que apoyen la investigación o la introducción de incentivos para que el sector privado dedique más recursos a este tema.

Otro de los rasgos distintivos del siglo XX es que, por primera vez, el progreso tecnológico se ha traducido en una sustancial mejora del nivel de vida de la gran mayoría de los individuos. El notable crecimiento de la producción ha logrado elevar significativamente el nivel de vida, provocando un cambio fundamental en la concepción de la actividad productiva: de producir para satisfacer las necesidades mínimas se pasó a disponer de bienes y servicios que han sustentado la cultura del bienestar y del ocio. El conjunto de variables responsables de esa fundamental transformación económica y social del

siglo XX se deja resumir por la expresión “producción seriada y masiva”, que alberga una nueva concepción de la tecnología, del trabajo, de la organización de la producción, del producto y del mercado. Sin la producción seriada no habría sido posible el consumo de masas, poniendo fin a la secular escasez de alimentos, vestido, alojamiento, que caracterizó la historia hasta este siglo, y que abrió el acceso a una serie inacabable de bienes por parte de grandes grupos humanos. Si las primeras manifestaciones de la moderna “sociedad de consumo” pueden hacerse remontar a la Inglaterra de mediados del siglo XVIII, solo con la industrialización y la difusión de la producción en masa desde las industrias de capital y bienes de equipo a la de bienes de consumo comenzó el consumo de masas a hacerse realidad, un proceso que ocurrió una vez más en la Inglaterra de finales del XIX (ver David Reynolds, *One World Divisible*. New York: W.W. Norton & Company, 2000, p. 157). Pero, con todo, la transformación fundamental, la que de verdad marca una línea de separación entre dos períodos de la historia humana, el del acceso de unas minorías a la mayor parte de los bienes y el del acceso a los mismos por parte del grueso de la sociedad, tuvo lugar en una sociedad, como la norteamericana, democrática y de aspiraciones igualitarias basadas en el mérito y el trabajo (ver Thomas P. Hugues, *American Genesis. A Century of Invention and Technological Enthusiasm*. New York: Viking, 1989, p. 249 y ss.). Tecnología, organización y consumo se alinearon entre sí y permitieron sostener unos niveles de producción y consumo desconocidos hasta entonces.

Ese proceso de generalización del bienestar que arranca con la Revolución Industrial y que culmina en las primeras décadas del siglo XX, tuvo lugar a pesar de la notable expansión demográfica. En efecto, el crecimiento de la población mundial entre el año 1 de Nuestra Era y el año 1750 apenas se multiplicó por tres, pasando de 250 millones de habitantes a 770 millones. En los 150 años siguientes, hasta 1900, se aceleró de forma espectacular, multiplicándose por dos hasta alcanzar los 1.630 millones. Pero este crecimiento no es comparable al que se ha producido en el siglo XX: la población se ha multiplicado casi por cuatro hasta aproximarse a los 6000 millones y ello pese a las dos guerras mundiales vividas en este siglo.

En los siglos XVIII y XIX se inició un proceso caracterizado por el desarrollo tecnológico que permitió superar la dependencia de los limitados recursos productivos, y por los avances en sanidad y nutrición. Pero interesa no perder de vista que lo que se ha llamado “el sistema occidental de crecimiento” (Rosenberg) tiene en su base no solo avances tecnológicos, sino más fundamental: la flexibilidad institucional y la capacidad de innovación, que desde mediados del siglo XV y ya más claramente desde mediados del

XVIII en adelante ha tomado forma en cambios significativos y constantes en los ámbitos del comercio, la producción, los productos y servicios, las instituciones y las organizaciones, tal y como ha señalado uno de los principales estudiosos de la innovación (ver Nathan Rosenberg y L. E. Birdzell, Jr., *How the West Grew Rich. The Economic Transformation of the Industrial World*. New York: Basic Books, 1986). Ese factor permitió que, tras siglos de estancamiento, comenzara a aumentar la esperanza de vida, como resultado de la reducción de la tasa de mortalidad, lo que originó la explosión demográfica en los países más avanzados y, como consecuencia, se produjeron importantes movimientos migratorios desde Europa hacia Estados Unidos, Canadá y Australia en la segunda parte del siglo XIX.

En el siglo XX, la situación cambió: la esperanza de vida siguió aumentando y lo hizo de forma espectacular, de manera que en las principales economías pasó de situarse entre 40 y 48 años en 1900, hasta alcanzar en la actualidad cifras entre 75 y 80 años. Pero también varió el comportamiento de la tasa de natalidad, que durante las décadas anteriores había aumentado con la riqueza. Muchos países iniciaron así la segunda etapa de la transición demográfica: el intento de mejorar la calidad de vida y el nivel de educación de los hijos, lo que provocó un descenso de las tasas de natalidad desde las cifras del 35 al 50 por 1000 de mediados del siglo XIX hacia el 10 por 1000.

Esta considerable reducción de la tasa de natalidad no fue independiente de la mayor necesidad de educación: el progreso técnico incrementaba la demanda de trabajadores cualificados, capaces de adaptarse a las nuevas tecnologías y de asimilar los nuevos conocimientos, por lo que cambiaron los precios relativos entre el trabajo cualificado y el no cualificado.

Como resultado, la estructura del empleo en las economías más desarrolladas se modificó de manera dramática durante este siglo. Si tomamos el ejemplo del Reino Unido, observamos que en el año 1000 el 80% de su población trabajaba en el sector agrario. Durante los 900 años siguientes se produce un paulatino aumento en la proporción de empleo industrial, hasta representar el 44% del total. El siglo XX es el siglo de la des-industrialización, en el que el sector terciario o de servicios gana cada vez más protagonismo en detrimento de los sectores agrario e industrial. En 1990 el 69% del empleo británico era generado en el sector terciario, seguido de un 29% en la industria y un reducido 2% en la agricultura. Obviamente ello no quiere decir que la industria haya dejado de importar, sino más bien que gracias a las mejoras de la productividad se ha podido

incrementar radicalmente el output industrial con reducción del empleo en ese sector, facilitando su movilidad a los servicios. Y precisamente buena parte de los servicios de más alta calidad y valor añadido (ingeniería, diseño, etc.) dependen y están asociados a la existencia de una dinámica base industrial (ver Stephen S. Cohen y John Zysman, *Manufacturing Matters. The myth of the post-industrial economy*. New York: Basic Books, 1987).

De hecho, la empresa también ha experimentado cambios dramáticos a lo largo de este siglo, sobre todo en lo que respecta a sus procesos productivos. Muchas han sido las etapas: desde la introducción de la cadena de montaje, que supuso una auténtica revolución en la industria, pasando por la adaptación de las empresas a avances tecnológicos como la luz eléctrica, hasta llegar, a finales del siglo, a la revolución de Internet. La integración de las nuevas tecnologías de la información en la industria cambia radicalmente el esquema productivo que surgió con la invención de la cadena de montaje. De la fabricación de productos en serie se ha pasado a la fabricación de productos a la medida, en función de las preferencias del cliente y de la demanda efectiva y no de la estimada.

Las empresas, sobre todo las grandes empresas, han tenido un papel destacado en el fenómeno de la globalización. La expansión de las grandes empresas a otros países se ha traducido en la aparición de empresas multinacionales. La inversión en el exterior de estas grandes empresas permite alcanzar un mayor grado de diversificación, al tiempo que supone una aportación positiva a los países en los que se instalan. Estas empresas suelen crear empleo más rápidamente que las empresas nacionales y acostumbran a pagar salarios más altos. Además, son exportadoras de nuevas tecnologías. El 70% de los royalties internacionales que se pagan en el mundo corresponden a pagos entre empresas matrices y sus filiales en el extranjero. En suma, la inversión directa de las empresas multinacionales en otros países es una fuente de riqueza y de crecimiento económico, aumentando el nivel de vida de los países más pobres.

El paulatino incremento de la demanda de trabajo cualificado que ha caracterizado este siglo propició un cambio fundamental en las economías más avanzadas, en las que las familias respondieron al incremento del precio relativo del trabajo cualificado disminuyendo el número de hijos, para poder destinar más recursos a la educación de los mismos. El aumento de la esperanza de vida y la mayor educación supusieron un notable incremento del capital humano, que ha sido uno de los factores determinantes del crecimiento económico durante el siglo XX.

La educación ha jugado un papel determinante en el desarrollo económico. De hecho, conforme las sociedades se dieron cuenta de que disponer de una población formada era un requisito imprescindible para acceder a un mayor crecimiento económico, se fueron estableciendo en los países más avanzados sistemas de educación obligatorios, sufragados en mayor o menor medida por el Estado. El concepto de que la educación debía servir únicamente como vehículo para acceder al desempeño de oficios muy concretos, dio paso a una formación encaminada a formar el carácter y a aumentar la cultura de los individuos. Aunque el siglo XX concluye sin que en algunos países haya llegado a desarrollarse un sistema básico de educación primaria, también es cierto que en los últimos años la alfabetización ha aumentado de manera significativa.

Conforme un país se hace más rico, la proporción de los años que los individuos dedican a la formación crece. Así, sólo el 63% de la población en edad escolar recibe educación secundaria en los países de rentas medias-bajas, mientras que en los países de rentas más altas dicho porcentaje se eleva al 96%. Esta prolongación de la formación es uno de los determinantes del avance registrado durante este siglo.

Aunque el crecimiento demográfico ha sido una de las características del siglo XX, resulta aún más destacable que, pese a ello, durante este periodo se produjera un espectacular aumento de la renta *per capita*. De hecho, la renta *per capita* había permanecido prácticamente estable durante los casi diecinueve siglos precedentes, para aumentar de forma espectacular desde mediados del siglo XIX. Así, más de los 1.800 años que transcurren desde el año 1 de nuestra era hasta mediados del siglo XIX, la renta real *per capita* aumentó sólo el 160%, lo que equivale a un crecimiento muy pequeño del 0,05% anual. Sin embargo, la revolución industrial permitió que la renta mundial *per capita* más que se duplicara entre 1850 y 1900, es decir, un crecimiento en apenas cincuenta años similar al de los más de dieciocho siglos anteriores. Pero ha sido el siglo XX el protagonista en el fenómeno de la renta *per capita*, que se ha multiplicado por nueve, lo que supone un crecimiento anual acumulado del 2,3%, más de medio punto superior al del siglo anterior. Sin duda, este crecimiento de la renta *per capita*, sin precedentes en la historia de la Humanidad, permite calificar al siglo XX como el “siglo de la economía”.

El notable aumento de la productividad, el desarrollo científico y tecnológico, el diseño de las instituciones y de las organizaciones, la globalización y la acumulación de capital humano, consecuencia del incremento en la educación, han sido los factores determinantes del crecimiento de la renta en este siglo. Por ello, este espectacular aumento de

la renta sería aún más importante si se tuviera en cuenta el cambio en la calidad y el aumento en el número de bienes y servicios disponibles.

Todo ello ha conducido a una nueva sociedad: de una sociedad rural a una economía de servicios, de una sociedad de clases a un sistema democrático, de una dimensión local a una dimensión global. No deben olvidarse los cambios sociales y políticos que han acompañado a la transformación económica y que han convertido al siglo XX en una época de evolución vertiginosa. Tras una Historia caracterizada por una elevada desigualdad, el siglo XIX ya supuso el nacimiento en los países desarrollados de una burguesía que forzó la separación entre el poder económico y el político. El siglo XX, continuando con esta democratización a la par que división de poderes, ha sido el de la consolidación de la clase media en los países desarrollados, auténtica causante de los cambios sociales y políticos que se han producido durante este siglo: la afirmación de las democracias, la creación del Estado del Bienestar, y finalmente, la conciencia de que los problemas humanos deben tratarse también desde una perspectiva planetaria.

El Desarrollo Humano, más allá de la renta

La medición del grado de avance de la economía mundial a lo largo de los últimos 100 años no puede restringirse a la evolución de la renta. El desarrollo económico no es siempre igual al Desarrollo Humano. Éste es un concepto más amplio, puesto que abarca el proceso por el que las posibilidades de elección de los individuos van aumentando conforme las sociedades se desarrollan. La valoración de la mejora en la calidad de vida implica el análisis de otros condicionantes que no siempre van ligados de manera proporcional a la evolución de la renta *per cápita*.

En efecto, la proporción de renta familiar que no se usa para la cobertura de las necesidades básicas, es una medida más ajustada de Desarrollo Humano que la mera observación de la renta *per cápita*. El 84% del consumo de los países más pobres del planeta va dirigido a cubrir las necesidades básicas de alimentación, vestido, energía, sanidad, educación y transporte, mientras que en los países más desarrollados dicha proporción se eleva sólo al 55%.

Así, para medir el Desarrollo Humano la práctica habitual consiste en la utilización de indicadores que resumen tanto la evolución de la renta *per cápita* como el nivel de alfabetización y la esperanza de vida. A tenor de la evolución de estos indicadores, duran-

te el siglo XX se ha producido cierta convergencia entre las áreas más desarrolladas y las más desfavorecidas del planeta. Ello ha obedecido exclusivamente al acercamiento de los condicionantes de nivel de vida distintos de la renta per capita. Ello refleja una cierta paradoja: los avances en la medicina o en la educación se han difundido durante este siglo de manera mucho más intensa que las ganancias en renta *per cápita*.

Así, la esperanza de vida de países tan pobres como la India, ha pasado de 25 años en 1913 a 62 años, mientras que su tasa de alfabetización se ha incrementado durante el mismo período desde el 9% de la población hasta algo más del 50%. Aunque no es un resultado del que sentirse satisfecho, sirve para poner de manifiesto que el siglo XX ha sido un siglo de progreso en el Desarrollo Humano de todo el mundo. Además, las mayores ganancias en este terreno se han producido en la segunda mitad del siglo, período en el que se ha acortado la diferencia entre las regiones del mundo más desarrolladas y más pobres.

El Reto de la Desigualdad Económica

Pese a la satisfacción por el avance en la salud y en la educación, no puede olvidarse que el crecimiento de la renta per capita ha sido desigual por zonas geográficas. Es verdad que Asia se ha incorporado en las últimas décadas a este proceso, y que Latinoamérica es la gran esperanza para los próximos años. Pero Africa sigue siendo la gran incógnita y el reto para los próximos siglos. Hoy en día, apenas el 15% de la población mundial vive en países con una renta per capita superior a los 9.000 dólares, mientras que la renta de un 45% de la población mundial se sitúa entre los 700 y 9.000 dólares y la renta per capita del resto, 40% de la población mundial, es de menos de 700 dólares.

Lo más preocupante de esta evolución es el retroceso que, la distribución de la renta per cápita, como medida de la desigualdad, ha registrado a lo largo del siglo XX. En 1900 el PIB *per cápita* mundial promedio representaba alrededor de un tercio del PIB *per cápita* de la nación líder, que por entonces era el Reino Unido. Las estimaciones del Fondo Monetario Internacional señalan que, el PIB por habitante mundial en la actualidad, representa en torno a un cuarto del PIB de Estados Unidos, nación que, desde las primeras décadas del siglo tomó el relevo de la Gran Bretaña como primera potencia económica mundial.

Por tanto, aunque el balance del siglo XX sea positivo, existen grandes sombras que planean en la economía mundial y que se erigen en los retos a abordar en el campo del desarrollo económico en el siglo XXI. La desigualdad es un tema prioritario, cuya discusión no se circunscribe en la actualidad tan sólo a los ámbitos de los estudiosos de esta materia. En los últimos dos años se ha despertado un movimiento social que, con fuerza y, en muchas ocasiones, utilizando métodos reprobables, reivindica una distribución más justa de la riqueza mundial en cada foro en el que se reúnen las grandes potencias económicas. Este movimiento ha heredado parte de los motivos críticos de algunos movimientos alternativos de los años sesenta y en particular una romántica denuncia “antisistema”, esto es, la identificación poco precisa de un conjunto de fuerzas y organizaciones a las que se atribuye el designio de controlar el futuro del Planeta.

Este movimiento critica la globalización sin entender que ésta es un requisito imprescindible para la convergencia económica y para el progreso de una Humanidad más integrada y comunicada. La globalización fomenta el crecimiento económico sostenido, única vía por la que los países en vías de desarrollo pueden beneficiarse del acceso a unos mercados de bienes y servicios globales, abriéndose a la adopción de innovaciones que les posibilita avanzar en el progreso tecnológico. Sin embargo, la experiencia en buen número de países de todo el mundo muestra que los países en vías de desarrollo no se benefician de manera automática de las nuevas tecnologías y de las instituciones que se desarrollan en los países más ricos.

Por ello, para superar el estancamiento de los países más pobres es fundamental eliminar los obstáculos que se interponen en la acumulación de los factores productivos, es decir, del capital y del trabajo, a la vez que se favorece una asignación más eficiente de los recursos. El siglo XX ha servido para acumular un acervo de conocimientos en el ámbito de la economía que nos permite conocer cuáles son las “recetas” a aplicar para alcanzar un mayor desarrollo de los países pobres que permiten avanzar en el duro proceso de la convergencia con las economías más desarrolladas.

El desarrollo y autonomía de la dimensión económica de la sociedad requiere, al tiempo que posibilita, unas estructuras políticas que aseguren la previsibilidad de las conductas, la seguridad jurídica y, en definitiva, la existencia de un cierto umbral de orden. La Economía y la Historia de orientación neoinstitucional han mostrado cómo conforme se desarrolla la complejidad de las sociedades, aumenta el número de transacciones entre los individuos, lo que hace surgir los mercados, los contratos y, con ellos, la necesidad de

una serie de instituciones que los registren, validen y los hagan cumplir. Surge así una de las funciones esenciales y razones de ser del Estado. Cuando la situación política es inestable, existen problemas para hacer cumplir las leyes, o éstas son inadecuadas, el riesgo para los participantes en estos mercados se incrementa, lo que reduce el atractivo de estas regiones del planeta como destino de las inversiones, encareciendo la obtención de los recursos financieros.

Una vez que se cuenta con las estructuras políticas adecuadas, es imprescindible alcanzar un *mix* de políticas económicas que se fije como objetivo la estabilidad macroeconómica. Las incertidumbres de un entorno macroeconómico inestable distorsionan las decisiones de los agentes económicos. El fomento del desarrollo económico supone conseguir un crecimiento sin desequilibrios inflacionistas, unas cuentas públicas saneadas, que no ahoguen la iniciativa privada, y una situación sostenible en los intercambios de bienes y servicios con el exterior, que viene resumida por la sostenibilidad de la balanza por cuenta corriente.

El papel del sector financiero

Los aspectos institucionales o macroeconómicos que se han comentado no son suficientes para, por sí solos, dar lugar a un desarrollo económico sostenido. Sin un sistema financiero desarrollado no es posible un crecimiento tendencial de la renta per cápita. Considerando mi estrecha relación con el mundo financiero, permítanme dedicar unas palabras a la gran contribución que juega este sector en la economía.

El sistema financiero facilita la reasignación y la utilización de los recursos económicos hacia sus usos más productivos, al permitir su transferencia en el tiempo y en el espacio. El desarrollo financiero favorece la inversión productiva, elevando el *stock* de capital de la economía y apoyando el crecimiento de la renta. Cuando el sistema financiero está poco desarrollado los recursos no fluyen hacia los proyectos de inversión adecuados y el desarrollo económico se resiente.

Cuánto mayor es el desarrollo de un país, mayor es su grado de bancarización. Los bancos suelen ser el primer escalón en el desarrollo financiero. La utilización de los bancos como depositarios, entre otras funciones, reduce el coste de oportunidad de mantener recursos financieros, facilita las transferencias de recursos entre agentes económicos, y reduce el riesgo y los costes de transacción en los intercambios financieros mediante

sistemas de compensación y liquidación.

Existe amplia evidencia empírica que refleja que conforme más sofisticado es el sector financiero mayor es su renta *per cápita*. En algunos estudios incluso se muestra que el nivel de desarrollo inicial del sistema financiero ayuda a predecir la tasa media de crecimiento económico de los siguientes treinta años (Ross Levine y Sara Zervos. *Stock Markets, Banks and Economic Growth*. American Economic Review 88 (1998)). Es decir, la misma economía con un sistema financiero más desarrollado, presenta un crecimiento económico más elevado en el futuro. Otros estudios muestran que el peso de los activos bancarios sobre PIB es una de las variables financieras que más correlación suele mostrar con el PIB per cápita (A. Demirguc-Kunt y Ross Levine *Bank-Based and Market-Based Financial Systems: Cross-country Comparisons*. World Bank Policy Research Paper n° 2143 1999) o que las industrias más dependientes de la financiación externa crecen más rápidamente en los países financieramente más desarrollados (Raghuram Rajan y Luigi Zingales. *Financial Dependence and Growth*. American Economic Review 88 (1998)).

Por tanto, ante esta evidencia, el fomento del desarrollo de un sistema financiero fuerte ha de ser uno de los pilares de toda política orientada al progreso económico. Las políticas orientadas al dirigismo financiero, que tratan de canalizar los flujos financieros a aquellos sectores o industrias que, desde un punto de vista gubernamental, se consideran estratégicos, han sido muy dañinas para el desarrollo financiero, y por ende, económico. Los sectores protegidos registran un exceso de inversión, lo que lleva a un rendimiento escaso, y el resto de los sectores sólo obtienen financiación a tipos de interés elevados. Esta situación, que ha sido experimentada por algunos países en desarrollo, se refleja, a la postre, en una ineficiente asignación de los recursos y en un menor rendimiento para el conjunto de la economía. La liberalización del sistema financiero es una condición necesaria para su desarrollo y para lograr que éste cumpla su objetivo como asignador eficiente de los recursos económicos. La apertura al exterior del sector financiero también es crucial, puesto que cuanto más integrados sean los sistemas financieros, más fácil es que los capitales acudan a aquellas inversiones que ofrecen una mayor combinación rentabilidad-riesgo, en beneficio de prestamistas y prestatarios.

El papel de la política económica: un viaje de ida y vuelta en cuatro dimensiones

No podemos terminar una visión panorámica de este siglo sin hacer referencia al papel que la política económica ha jugado en este siglo. Un papel clave y que además, ha sido objeto de una gran controversia.

A grandes rasgos puede caracterizarse dicho papel como un viaje de ida y vuelta. Partimos de un principio de siglo que estuvo asociado al pensamiento liberal, con un rol predominante del mercado frente al Estado, y la aceptación universal de la apertura y la integración comercial y económica como fuentes de progreso y prosperidad. Desde esta posición se evolucionó a partir de los años 30, y probablemente como consecuencia de la Gran Depresión de EE.UU, a un período profundamente intervencionista, con diversas manifestaciones del poder del sector público sobre la economía: A partir de los años ochenta hemos contemplado finalmente un retorno al liberalismo económico, con un papel predominante de los mercados, un sometimiento de los Estados a sus reglas de juego y a una mayor globalización e integración económica, comercial y financiera.

Este movimiento de ida y vuelta al liberalismo se ha manifestado con distinta intensidad en 4 facetas de la política económica: (I) la regulación e intervención del Estado en la economía, (II) el papel de la política monetaria y sus implicaciones sobre la inflación, (III) el grado de apertura comercial y financiera de las economías y (IV) los regímenes cambiarios.

Es importante resaltar que en estos viajes no hemos vuelto al punto de partida de principios de siglo. Por el contrario, en el camino hemos aprendido lecciones importantes sobre los fallos del mercado, la dimensión óptima y las funciones del Estado.

Primera dimensión: Regulación e intervención. Del liberalismo al auge del intervencionismo y de vuelta al liberalismo

Durante el siglo XX hemos asistido a una notable expansión del sector público que ha sido particularmente intensa en Europa. En 1910 la proporción del gasto público apenas superaba el 10% del PIB, mientras que en 1980 se había multiplicado por más de 4, superando el 50% en buena parte de los países de nuestro continente. En la última parte del siglo, se han hecho esfuerzos considerables para recortarlo hacia el 40% o incluso por

debajo, como es el caso de los países anglosajones.

Sin embargo, esta medida de gasto público sobre PIB infravalora la verdadera influencia del Estado en la economía porque esconde una elevada dosis de intervencionismo en forma de regulación y capacidad de intervención que no aparecen expresamente recogidas en las cifras de gasto público sobre PIB. Por ejemplo, a nadie se le escapa que China es un país donde el poder del sector público es muy superior al de Suecia; sin embargo, la ratio de gasto público sobre PIB en Suecia es 5 veces mayor que el de China. La asignación de inversiones, el crédito bancario, la evolución del tipo de cambio, etc. están totalmente dirigidos por el sector público en China, pese a que no se refleje en las cifras del gasto público.

Fue tal la explosión del gasto público que alguien, en el fatalismo de los años 60 y 70, lo calificó como una regla inherente al crecimiento económico. Se defendía, así, que el crecimiento de la economía siempre llevaría consigo un aumento del gasto público, afirmación que incluso se intentaba corroborar empíricamente.

Para entender esta explosión del Sector Público conviene hacer referencia a algunas de las funciones y razones de ser del Estado en una sociedad moderna. Un factor que explica la existencia del Estado es la necesidad de contar con instituciones que registren, validen y hagan cumplir los contratos entre individuos particulares o empresas o familias, cuyo número se multiplica conforme se desarrollan las sociedades. El Estado ha tenido una de sus funciones centrales en la garantía del buen funcionamiento del mercado y del comercio.

Además, el Estado surge por el problema de ineficiencia generado por los llamados “bienes públicos”, aquéllos cuya oferta no es consumida directamente o completamente por los demandantes. La teoría económica justifica que su producción se haga por parte del Estado porque el sector privado muchas veces no encuentra rentable su explotación.

Finalmente hay que contar con las “externalidades”, en la producción o en las preferencias de los individuos, que hacen que la solución de mercado no sea óptima, así como las “economías de escala”, que bien deben ser aprovechadas por monopolios naturales o por el sector público, puesto que la solución competitiva clásica tampoco es eficiente. Tras la Revolución Francesa y justo antes del siglo XX, y de hecho en la

primera parte del s. XX, tuvo lugar un Estado de mínimos, tras la derrota del absolutismo y el triunfo del pensamiento liberal, que se limitaba a apoyar la expansión del mercado y no a sustituirlo.

Hay varios motivos en los cuales aparece una expansión incontrolada del Estado a lo largo de buena parte del siglo XX, que toma formas políticas diversas e incluso contrapuestas, desde las de tipo autoritario a las de naturaleza democrático-representativa. Uno primero es la Revolución bolchevique, triunfante en una Rusia que había sido incapaz de hacer una transición del sistema feudal al capitalismo, como la que habían hecho en el resto de las economías occidentales. Esta tendencia se agudizó con la Gran Depresión en EE.UU. Surgen movimientos fascistas y comunistas en casi todos los países e incluso los partidos democráticos, tanto laborista-demócrata como los republicanos conservadores, adoptan tintes fuertemente intervencionistas, en parte como alternativa al fracaso del modelo liberal de la época.

Los movimientos autoritarios en Europa y, posteriormente, en Asia, América Latina y Africa, se generalizan en buena parte del siglo XX. Entre 1950 y 1975 casi la mitad de la población mundial vivía un régimen de planificación centralizada. La distribución de la renta fue asumida como una nueva función del Estado y se generalizó tanto a la imposición sobre la renta, como a subsidios a productos básicos y demás intervenciones en el funcionamiento de los mercados. La expansión incontrolada de las funciones del Estado se vio especialmente favorecida en un contexto socio-cultural como el europeo, en el que como observara Tocqueville en *La Democracia en América* se ha dado por sentado que todas las deficiencias de la sociedad e incluso de los individuos deben ser reparadas por el Estado, en tanto que al otro lado del Atlántico se ha descansado más en las iniciativas privadas, individuales y cooperativas o comunitarias.

Desde un punto de vista estrictamente económico, con la Gran Depresión de 1929, entra en crisis el modelo según el cual el mercado disponía de sus propios mecanismos para corregir de forma automática sus desequilibrios y permitir que la economía saliera por sí sola de fases de recesión. La duración y severidad de la Depresión hizo considerar al ciclo económico como algo nefasto, y se propuso que la política fiscal y monetaria fuera utilizada de forma activista para eliminarlo.

Tanto los programas de obras públicas como los propios subsidios de desempleo, las pensiones, los establecimientos de empresas públicas como generadoras de empleo,

etc. se generalizan en todo el mundo occidental. El papel estabilizador de la política macroeconómica, como una de las responsabilidades del Gobierno, se instaure en todos los frentes, tanto en el académico como en el de la política económica y en el de los organismos internacionales. Todo este desarrollo del pensamiento intervencionista tiene como contrapartida un profundo desarrollo de grandes modelos macroeconómicos cuyo fin era diseñar unas máquinas estabilizadoras de la actividad económica y dotar de unas herramientas técnicas para que estos Gobiernos controlaran las economías como si se tratara de una máquina perfecta con instrumentos suficientes para garantizar su buen funcionamiento.

El principal problema que se planteó con esta notable expansión del peso del sector público fue su financiación. Durante algunos años se utilizó el recurso a la financiación monetaria, con la consiguiente traslación sobre la tasa de inflación. Posteriormente, el siglo desarrolló bien un crecimiento notable de la presión fiscal o bien un aumento del endeudamiento público y de la explosión de los déficits.

A finales del siglo XX parece haberse generalizado la idea de que el papel del sector público ha alcanzado un “peso excesivo” en la mayoría de las economías desarrolladas. Y ello porque dicho grado de intervención y protección genera problemas de incentivos en los individuos. La literatura económica ha desarrollado una gran cantidad de diseños de mecanismos que sean compatibles en términos de incentivos. Por ejemplo, el hecho de que en China a partir de 1980 los resultados de la producción agrícola fueran a parar a manos de los individuos que cultivaban la tierra, multiplicó por cuatro la productividad en la agricultura. Y qué decir del hecho de que buena parte del hambre en el mundo tenga lugar hoy en países con regímenes de origen marxista, que precisamente pretendían una gran justicia social y una buena distribución de la riqueza, como es el caso dramático de Etiopía y Somalia, o el caso de Corea del Norte y de otros países asiáticos.

Así, una de las lecciones de fin de siglo es que los fallos de mercado no tienen por qué ser resueltos necesariamente con la intervención del sector público. Se debe demostrar que la intervención del sector público resuelve o mejora el fallo de mercado. Es decir, también existen los “fallos de Gobierno” y probablemente un “second best” es que pueda subsistir el fallo de mercado sin necesidad de intervenir en la economía. En particular, los bienes públicos, generalmente se acepta que no deben ser producidos por el Estado sino que se deben hacer políticas o bien de regularización o bien de subsidio para que el sec-

tor privado los ofrezca con los consiguientes incentivos.

Otra lección de fin de siglo ha sido el papel de la regulación que en general ha buscado la protección en diferentes individuos o instituciones y muchas veces paradójicamente, ha resultado en una desprotección de otros individuos u otras instituciones que con el tiempo han sido incluso más importantes numéricamente que los individuos iniciales a los que se pretendía proteger. La inflexibilidad de las instituciones y los mercados han sido uno de los efectos indeseados de la regulación y el intervencionismo. Un ejemplo ha sido la regulación de precios, tanto los precios máximos como los precios mínimos, el salario mínimo, la regulación de la jornada de trabajo o los alquileres máximos. Todos ellos buscaban la protección de consumidores o de trabajadores, pero han generado muchas veces la desprotección de un buen conjunto de trabajadores, han contribuido a crear desempleo y han impedido que un buen conjunto de generaciones jóvenes de consumidores tengan acceso a esas viviendas con alquiler congelado, a esos precios regulados, a ese salario mínimo garantizado, o a esa jornada de trabajo reducida y protegida.

Estas ineficiencias no sólo han ocurrido dentro de un mismo país. Los precios mínimos agrícolas han producido excedentes ineficientes e incluso han causado la penuria en el Tercer Mundo, por imponer barreras de entrada en los países desarrollados a los productos agrícolas cultivados de forma más eficiente en los países en desarrollo.

Además, la regulación no es gratis. Las empresas pierden incentivos al utilizar el capital y el trabajo de manera eficiente. Suele haber un exceso de rentabilidad garantizada a corto plazo para los trabajadores y empresarios, lo que se traduce en pocos incentivos para invertir, en particular, para invertir en innovación tecnológica y en I+D.

Por todo ello, desde el inicio de los años 90, se ha registrado una tendencia creciente hacia la privatización de las empresas públicas, que ha sido mucho más intensa en la OCDE. Su argumentación teórica es clara. Aunque la gestión de empresas públicas y privadas esté en manos de los directivos, existe un control interno en manos del Gobierno en caso de la empresa pública y un control en manos de los accionistas en caso de la empresa privada. Así, las señales externas de eficiencia son escasas en el caso de la empresa pública, excepto si hay problemas claros de rentabilidad y que afecten al déficit público. En cambio, en el caso de la empresa privada, tanto el propio

mercado de directivos como mercado de capitales, se encarga de dar las señales pertinentes sobre la eficiencia productiva.

Finalmente, en cuanto a las políticas redistributivas, también pueden dar lugar a problemas de incentivos y, además, se traducen en elevados costes administrativos porque se suele hacer vía gestión de impuestos que tienen un alto coste de gestión, además de problemas de fraude.

Para resumir el primer viaje, el siglo comenzó durante los primeros 30 años con el liberalismo como pensamiento ideológico dominante, con un escaso peso del sector público y un mercado libre y desregulado. A partir de los años 40, el keynesianismo se erigió en el pensamiento dominante, cuyas consecuencias fueron un aumento del intervencionismo, del gasto público y de la regulación de los mercados domésticos.

Como consecuencia fundamentalmente de la crisis del keynesianismo en los años 70, con una coexistencia de paro e inflación de forma persistente, ha fracasado el concepto de Estado como mecanismo de sustitución del mercado, retornando el liberalismo económico y una reducción del gasto público y amplios programas de desregulación y de privatizaciones.

La segunda dimensión: el viaje de ida y vuelta en el papel de la política monetaria y la inflación

En lo que se refiere al papel de las políticas monetarias, también hemos observado un viaje de ida y vuelta a lo largo del siglo. Hemos pasado de un período, a principios de siglo, donde tuvo lugar una gran estabilidad de precios a períodos, tras la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente, de fuerte inflación, en algunos casos, hiperinflación. Todo ello, para terminar el siglo, pese a elementos esporádicos como los que estamos viviendo con el alza del precio del petróleo, de nuevo en un mundo donde los precios se han vuelto a estabilizar y las inflaciones prácticamente han desaparecido, tanto en niveles como en su volatilidad.

Sirva como ejemplo que el nivel de precios de Estados Unidos desde 1871 hasta 1931 fue estable. Es decir, una inflación prácticamente nula en un promedio de 60 años. Con el auge del keynesianismo y de la intervención del sector público en la economía, la inflación fue considerada como un mal menor, un precio que había que pagar por una

mayor suavidad del ciclo y un menor desempleo. Y, con ello tuvo lugar una explosión de los precios. En espacio de 40 años, los precios se multiplicaron por nueve. La curva de Philips fue presentada inicialmente como una opción entre paro e inflación: podría obtenerse una reducción del desempleo a costa de una tasa de inflación mayor. Pero, cuando tanto el paro como la inflación empezaron a coexistir de forma persistente en todas las economías a partir de los 70, entró en crisis esta forma de entender la inflación y esta interpretación tan mecánica de una curva de Philips en la que las expectativas brillaban por su ausencia.

Y, en cualquier caso, no debe olvidarse que, prevista o no prevista, la inflación tiene notables costes sobre la eficiencia, el bienestar y el crecimiento a largo plazo.

Así, desde los años 80, la desinflación se ha convertido en uno de los ejes de la política económica de todos los países. Incluso a final de siglo, empieza a haber un debate si la clase de inflación que hemos estado disfrutando en los últimos años, en torno al 1-2%, es demasiado baja para el conjunto del mundo y si deberíamos ir a unas tasas de inflación estables, pero algo superiores. De hecho, tampoco debemos caer en el riesgo de la “deflación”. Ésta puede ser benigna cuando es el resultado de un aumento generalizado de la productividad o la desregulación masiva de la economía, que suele hacer bajar los precios. Ello ocurrió, por ejemplo, a finales del siglo XIX y principios del XX, en Estados Unidos donde hubo una tasa de inflación negativa y, sin embargo, un importante crecimiento del PIB.

Pero debemos evitar la “deflación maligna”, caracterizada por una masiva contracción monetaria asociada a un desplome de la demanda, tal y como aconteció en la Gran Depresión. Esto genera expectativas de nuevos descensos de precios por el exceso de oferta y hace retrasar las compras y elevar los tipos de interés reales; dado que los tipos de interés nominales no pueden ser negativos.

Una vez repasados los males de la inflación y de la deflación, el argumento a favor de los precios estables o inflación cercana a cero es fácilmente asumible. Conseguir y mantener la estabilidad de precios se ha convertido a finales de siglo en el reto de la política monetaria. Una política monetaria que abandona su papel estabilizador, de corrección del desempleo como había desarrollado el pensamiento anterior, y que se centra exclusivamente en la consecución de la estabilidad de precios como objetivo único. Para este objetivo es fundamental dotarse de Bancos centrales que gocen de una notable

independencia y credibilidad.

La independencia y la credibilidad han surgido en los años 90 como la clave para un buen funcionamiento de los Bancos centrales, dado que buena parte del fenómeno de la inflación es un problema de expectativas, más que un desajuste entre oferta y demanda. La credibilidad de los bancos centrales es clave para frenar o cambiar las expectativas inflacionistas de los agentes. Si éstos saben que los bancos centrales tienen herramientas para controlar la inflación y creen que el banco central está dispuesto a usar esas herramientas, es decir, si creen que son independientes, la estabilidad de precios está prácticamente garantizada.

Por supuesto, las herramientas del banco central no tienen por qué ser utilizadas, muchas veces, para conseguir los objetivos desinflacionistas. Si todo el mundo cree que la inflación se va a reducir, no hace falta que los bancos centrales adopten una política restrictiva, elevando los tipos de interés de forma masiva.

La tercera dimensión: un viaje de ida y vuelta en la apertura comercial y financiera de la economía

Nació el siglo XX con una alta movilidad de capitales, de personas, de mercancías, y de flujos financieros, pese a las restricciones tecnológicas y los costes de comunicación. De nuevo giraron los acontecimientos hacia un proteccionismo en la mitad del siglo para terminar el siglo con un retorno de la libertad en los flujos económicos y financieros, apoyada en los reducidos costes de transporte.

En lo que se refiere al intercambio comercial, y pese al avance de los medios de comunicación y de transporte, hasta 1970 no se recuperó el volumen de exportaciones como porcentaje de PIB que existía antes de la I Guerra Mundial.

El comercio mundial había caído profundamente con la Gran Depresión y luego siguió cayendo en la medida en que se generó el proteccionismo en casi todos los países.

Aquí de nuevo insistir en que pese del viaje de ida y vuelta, la situación actual es distinta a la de comienzos de siglo. Hemos vuelto, sobre todo tras una caída impresionante de los aranceles, a un mundo con mucho más intercambio comercial y en el que

domina el sector de las manufacturas más que de las materias primas. Y dentro de las manufacturas, dominan los bienes de equipo. También ha aumentado afortunadamente la cuota de mercado de las exportaciones de los países en desarrollo.

En cuanto a los flujos de capitales, es un hecho prácticamente desconocido que la globalización, entendida como que el aumento de los flujos de capitales no es algo nuevo de esta última parte de siglo. De hecho en términos relativos, todavía estamos por debajo de los índices de movilidad de capital que teníamos en el año 1913, tanto en media como en desviación típica. La liberalización de los movimientos de capital, sin embargo, se ha intensificado desde los años 80, removiéndose los controles tanto de tipos de cambio como a la repatriación de capitales o de interés sobre capitales.

Por tanto, el final de siglo se caracteriza por un notable aumento de los flujos de capital, que son los que dominan los intercambios en el mundo, superando los flujos reales por el avance en las nuevas tecnologías. Para hacerse una idea de la magnitud de este intercambio, lo que se negocia, en términos de valor en un solo día en el mercado de divisas, supone cerca del 30% del valor de las exportaciones de todo un año.

Los inversores, además, están cada vez más diversificados y, por tanto, cada vez se benefician más regiones del mundo de esta liberalización de los movimientos de capital. Se favorece la financiación del crecimiento en aquellos países con insuficiencia de ahorro, aumenta la liquidez y se introduce eficiencia en los mercados locales. Finalmente, hay un efecto de disciplina sobre los gobiernos: aquéllos que no siguen unas políticas ortodoxas son castigados retirándoseles el flujo de capitales, con el consiguiente coste en términos de crecimiento económico y bienestar de sus ciudadanos.

Esta mayor integración de los movimientos de capitales tiene, sin embargo, su contrapartida negativa en los contagios de las crisis financieras. Los problemas asociados al llamado “efecto rebaño”, así como las asimetrías de la información, la debilidad de algunos sistemas financieros, las deficiencias de regulación y los problemas de riesgo moral, se han agudizado en este final de siglo.

Ello no quiere decir que deba introducirse una vuelta atrás en los procesos de liberalización de los flujos de capital. Probablemente lo que se deba hacer es regular en términos de normas universales para los sistemas bancarios y para los mercados

financieros, promover la transparencia y dotarse de una supervisión financiera adecuada. Ello conlleva necesariamente la revisión de las instituciones financieras creadas a la sombra de la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

La cuarta dimensión: un viaje de ida y vuelta en la flexibilidad de los regímenes cambiarios.

Durante el siglo se ha evolucionado de un pensamiento en el que el régimen de cambio deseado es perfectamente flexible a uno en el que dominaba el régimen de tipo de cambio fijo o bandas cambiarias, como proxies de regímenes fijos, para de nuevo volver a optar por la flotación en el fin de siglo en casi todos los países.

Este viaje de ida y vuelta está íntimamente relacionado con el anterior. A medida que se liberalizan los movimientos de capital hay que renunciar a un tipo de cambio fijo o bien hay que posibilitar la cesión de la soberanía monetaria a otro país o a una institución multinacional (Tommaso Padoa-Schioppa *Efficiency, stability and equity: a strategy for the evolution of the economic system of the European Community* Oxford University Press, London (1987)). Así, el régimen de tipo de cambio fijo edificado en los años 40, tras la II Guerra Mundial, entró en crisis en los años 70, cuando la financiación de la Guerra de Vietnam corrió parcialmente a cargo de Europa.

La crisis de los tipos de cambio fijo se generalizó a los países asiáticos y finalmente a Latinoamérica, con un abandono de los tipos de cambio fijo y de las bandas cambiarias como mecanismos para controlar la inflación y proveer de una aparente estabilidad financiera y nominal a la economía. De estas crisis hemos aprendido que es mejor optar por un régimen cambiario extremo, bien de libre flotación o convertibilidad, que por uno intermedio.

En uno de los extremos óptimos se sitúan tanto las uniones monetarias como los tipos de cambio irrevocablemente fijos en el que se cede la soberanía monetaria. En el caso de Argentina, la soberanía monetaria se ha cedido completamente a EE.UU.. En el caso de los países de la Unión Monetaria, la soberanía se ha cedido a una nueva institución, el Banco Central Europeo, en la que cual todos en promedio, pero ninguno en especial, están representados.

Y ha habido un movimiento a favor de las uniones monetarias tras la experiencia europea y cuyo origen se remonta, por cierto, a la primera parte del siglo. No debemos descartar que en el siglo XXI se alcance una unión monetaria en el norte de América, alrededor del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, México y Canadá y al que se incorporará América Central. El Mercosur junto con el Pacto Andino avanzarán en la misma dirección. En Europa, la Unión Económica y Monetaria se ampliará en la medida en que se incorpore el Reino Unido y otros países europeos, dentro del proceso de ampliación de la Unión Europea hacia el Este. Y la comunidad asiática, que ahora mismo se engloba dentro de la ASEAN, probablemente tenga una moneda propia a lo largo del nuevo siglo.

Mirando hacia delante: El Siglo XXI como Siglo del Conocimiento y la Globalización.

No se puede concluir una visión panorámica acerca de los aspectos económicos más relevantes del siglo XX sin hacer una referencia al fenómeno que se ha dado en denominar Nueva Economía. Este proceso resulta de la combinación de varios elementos, de los que interesa destacar aquí los dos siguientes. El primero, el espectacular avance del conocimiento científico y tecnológico y la creciente interdependencia entre creación de conocimiento y creación de riqueza, o si se quiere entre conocimiento científico-tecnológico y empresa. Una de las cristalizaciones más potentes de esa interdependencia son las tecnologías de la información, y más en particular de Internet, que es a la vez herramienta y un nuevo espacio de la actividad de todo tipo, empezando por la de carácter económico. El segundo, la existencia de unas estructuras económicas más flexibles, progresivamente adaptadas a un entorno global, que posibilitan los procesos de adaptación de la empresa y de los mercados de bienes y servicios al vertiginoso ritmo al que se desarrollan las transacciones en el mundo global interconectado.

La Nueva Economía supone la entrada en una era en la que muchos de los principios económicos del pasado siguen teniendo plena vigencia, pero en el que aparecen otros nuevos, que la Ciencia Económica está empezando a analizar y los agentes económicos a aplicar y que tienen esencialmente que ver con las diferencias entre una economía teniendo como referente objetos físicos y otra en la que además de éstos el referente está integrado también por objetos informacionales o cognitivos (ver Paul Romer, "Economic Growth", en David R. Henderson (ed.), *The Fortune Encyclopedia of Economics*. New York: Time Warner Books, 1993). En esta emergente economía del conocimiento se

genera un círculo virtuoso de mayor inversión, mayor productividad, mayor crecimiento sin inflación, mayor consumo, mayores beneficios empresariales y mayor empleo y salarios.

En Europa estamos aún alejados de la situación estadounidense, pero resulta imprescindible sentar las bases para que la Nueva Economía sea una realidad. Allanar el camino para que las organizaciones, como las universidades, especializadas en la creación de conocimientos mejoren su output en cantidad y calidad y que, mediante arquitecturas más flexibles, respondan a las necesidades y a las oportunidades de su entorno, particularmente las de la empresa. La construcción de la “sociedad de la información” debe ser abordada de manera multidimensional, desde la necesaria base tecnológica a los requerimientos educativos, pasando por los cambios en la estructura y funcionamiento de nuestras organizaciones, dotándolas de mayor plasticidad y eficiencia. Ese reto exigirá la confluencia y coordinación de esfuerzos entre agentes privados e instituciones públicas. Los gobiernos han de implementar las políticas de oferta necesarias para crear el clima adecuado en el que aprovechar las ventajas de las nuevas tecnologías; los empresarios hemos de dedicar más recursos a la inversión y el desarrollo, y adaptar nuestros negocios a la era de la información y los trabajadores han de aprender a vivir en un entorno de mayor movilidad funcional y geográfica.

El siglo XXI será probablemente el siglo de la Globalización y el Conocimiento, componiendo un entorno en el que los cambios se sucederán de forma rápida y poco anticipable, exigiendo que los individuos y las organizaciones públicas y privadas procedan a dotarse de flexibilidad, capacidad de experimentación, riesgo calculado y espíritu de innovación ininterrumpidos. La orientación hacia la estabilidad de las políticas macroeconómicas y la búsqueda de eficiencia en las políticas microeconómicas son elementos fundamentales del éxito de la Nueva Economía. Las lecciones que la Ciencia Económica nos ha enseñado desde el arranque de la modernidad y, en particular, durante este siglo, y de las que he tratado de hacer un breve repaso durante esta intervención, deberían guiar los pasos de todos los agentes económicos. El conocimiento y la tecnología, la arquitectura institucional, un alineamiento entre el Estado y el mercado, la apertura a los emergentes mercados globales, físicos y virtuales, y también la voluntad de promover el acercamiento de las regiones más desfavorecidas hacia las más prósperas, permitirán construir un mundo en el que estén puestas las condiciones estructurales para el ensanchamiento de la libertad, el bienestar y el horizonte de posibilidades vitales de los ciudadanos de todo el planeta.

Muchas Gracias por su atención

Discurso de contestación por el Académico Numerario

EXCMO. SR. DR. D. ISIDRO FAINÉ CASAS



EXCMO. SR. DR. D. ISIDRO FAINÉ CASAS

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,
Excelentísimo Señor Presidente,
Excelentísimos Señores Académicos,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Señoras y Señores.

Constituye para mí un privilegio y, por encima de todo, una auténtica satisfacción contestar, en nombre de esta real corporación, al excelente discurso de Emilio Ybarra, a quien, además de admirar, me une un sentimiento de amistad que me honra.

Aunque no es posible agotar en unas pocas líneas el brillante y extenso currículum del recipiendario y, junto a ello, los méritos y cualidades humanas que lo adornan, no quiero dejar de señalar los hitos más importantes de su brillante trayectoria.

Emilio Ybarra es Licenciado en Derecho por la Universidad de Valladolid y Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Comercial de Deusto. Tras sus inicios en la industria minera, ha forjado una sólida carrera profesional en el ámbito bancario. Tras dejar constancia de su brillante ejecutoria en casi todas las áreas de la empresa, fue promovido a Vicepresidente y Consejero Delegado del Banco de Bilbao. Con su proverbial tino y eficacia, ha pilotado uno de los grandes procesos de concentración que han tenido lugar en el ámbito bancario español, convirtiéndose, primero, en el Presidente Ejecutivo del Grupo BBV y, posteriormente, en Presidente del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria, desde octubre de 1999.

Las inquietudes intelectuales y su extraordinaria capacidad de trabajo le han movido a participar en multitud de iniciativas cívicas y empresariales. Ha sido, por ejemplo, Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Bilbao, Presidente del Patronato de la Universidad de Deusto, Vocal del Consejo Superior Bancario y miembro destacado de importantes organismos internacionales como el Consejo Asesor Europeo de la Bolsa de Nueva York, el Instituto Internacional de Estudios Bancarios, el International Monetary Conference y la Comisión Trilateral, entre otros muchos.

Le fueron concedidas la encomienda de la Orden de Isabel la Católica, en 1964, y la Gran Cruz del Mérito Civil, en 1967.

En su magnífico discurso, el nuevo Académico ha elaborado un certero análisis

sobre la influencia que han tenido los hechos económicos en el devenir histórico del siglo XX, comparable, sin duda, a la ejercida por determinados factores políticos, religiosos y culturales en épocas anteriores. Pero huyendo de cualquier tentación reduccionista, el texto aporta interesantes reflexiones sobre el tema del desarrollo humano, sin eludir, en ningún momento, los aspectos más espinosos derivados de las profundas desigualdades que persisten en nuestro complejo mundo actual.

Quisiera puntualizar, a propósito de ello, que la reivindicación de una distribución más justa de la riqueza, objetivo que todos compartimos, se ha asociado algunas veces a una crítica injustificada del proceso de globalización, en que ahora estamos inmersos. En contra de tales opiniones, creo firmemente que, lejos de constituir el problema señalado por algunos, el fomento de la interrelación económica entre todas las regiones del planeta se convierte en la mejor solución para impulsar el desarrollo económico anhelado.

Claro está que, como acertadamente señala el nuevo Académico, para aprovechar las oportunidades y beneficios potenciales, es necesario eliminar los obstáculos que se oponen a la acumulación de los factores productivos básicos del capital y del trabajo. Y todo ello, desde luego, se ha de enmarcar en un contexto de estabilidad política, que asegure el buen funcionamiento de las instituciones básicas del Estado.

Partiendo de estas premisas, la política económica ha de tender al objetivo máximo de la estabilidad macroeconómica, que permita un crecimiento sano y sostenible y garantice el pleno y libre desarrollo de la iniciativa privada. En este proceso, el sector financiero cumple una función primordial, similar, para entendernos, al que desarrollan las arterias en un organismo vivo. Fiel a su vocación y dedicación profesional, Emilio Ybarra destaca este hecho, aportándonos interesantes reflexiones al respecto. Su afirmación de que el fomento de un sistema financiero fuerte y abierto al exterior ha de ser uno de los pilares de toda política orientada al progreso económico, creo que la compartimos plenamente todos los presentes.

Para completar la rica visión panorámica de este siglo, Emilio Ybarra nos ofrece una aguda síntesis del papel que ha jugado la política económica en el transcurso del mismo, a través de lo que él califica metafóricamente como viajes de ida y vuelta. En los inicios, dominó el pensamiento liberal, que atribuía un papel predominante al mercado y a la libre iniciativa frente al Estado, fomentando la apertura y la integración comercial.

A partir de los años 30, como consecuencia de la Gran Depresión, se pasó a un periodo profundamente intervencionista, marcado por el peso del sector público en la economía, inspirado por el keynesianismo, que era el pensamiento dominante en el mundo occidental en aquella época.

Pero las crisis de los años setenta, con la existencia simultánea de paro e inflación, alertó de los efectos indeseables de dicho modelo. La constatación del fracaso del concepto de Estado como mecanismo de sustitución del mercado propició un retorno al liberalismo económico, que ha inspirado en las dos últimas décadas la reducción del gasto público y los procesos de desregulación y privatizaciones de empresas públicas. Paralelamente, el hundimiento del bloque soviético ha comportado la extensión de dichos procesos a prácticamente todo el planeta.

La influencia que han tenido los virajes doctrinales en el campo de la política monetaria ha sido también muy relevante, como destaca acertadamente Emilio Ybarra. Con el auge del keynesianismo, que consideraba la inflación como un mal menor, se asistió a una explosión de los precios, hasta el extremo que, en el espacio de cuarenta años, se vieran multiplicados por nueve. Pero cuando entró en crisis dicha doctrina, la desinflación se convirtió en uno de los ejes fundamentales de la política económica en todos los países desarrollados.

En este contexto, la independencia y credibilidad de los bancos centrales es una baza muy importante para lograr la estabilidad de los precios, que ha de ser el objetivo exclusivo de la política monetaria, como está fuera de toda discusión ahora. Es ésta la mejor garantía para evitar tanto las expansiones incontroladas de la cantidad de dinero generadoras de inflación, como las contracciones injustificadas de dicha masa, que nos abocarían a una indeseable deflación, que ya ha sufrido la humanidad en épocas pasadas.

Como expone el nuevo Académico, las idas y venidas en los fundamentos y las prácticas de la política económica a lo largo del siglo XX han condicionado también los flujos comerciales y financieros entre las naciones. El comercio mundial, que en los inicios del siglo gozaba de un marco de gran libertad, se vio atenazado de nuevo por un fuerte proteccionismo en casi todos los países, tras la debacle de la Gran Depresión. En la actualidad, tras los desarmes arancelarios y la eliminación de otras trabas y restricciones, los intercambios comerciales han recobrado nuevamente una intensidad notable.

El final de siglo viene marcado asimismo por un importante aumento de los flujos de capital, aunque de hecho, como señala oportunamente Emilio Ybarra, estamos todavía en términos relativos por debajo de los índices de movilidad de capital registrados en los inicios de la centuria. La mayor integración de los movimientos de capital rinde incuestionables beneficios a la economía, al aumentar la eficiencia en la asignación de los recursos financieros globales. En contrapartida, hemos visto que se han incrementado los riesgos de contagio de las crisis financieras.

Sobre este particular, comparto plenamente la tesis de Emilio Ybarra en el sentido de que no debe producirse una vuelta atrás en los procesos de liberalización de los flujos de capital, sino que se debe avanzar en la adopción de normas universalmente aceptadas y en la promoción de una mayor transparencia en los mercados, bajo una supervisión financiera adecuada.

Al final de su disertación, el nuevo Académico realiza unas lúcidas consideraciones sobre el fenómeno de la nueva economía, que tiene su origen en la difusión de las nuevas tecnologías de la información, en el marco de unas estructuras económicas más flexibles. Para afrontar este nuevo reto, es necesaria la contribución de todos: los gobiernos con el impulso de políticas de oferta adecuadas; los empresas, dedicando más recursos a ello; y los trabajadores, aceptando un entorno de mayor movilidad funcional y geográfica.

El siglo XXI se caracterizará por el fuerte desarrollo de las nuevas tecnologías. Para no errar en nuestras actuaciones, hay que aprovechar las lecciones que la Ciencia Económica nos ha enseñado en este siglo, en la línea trazada por el magnífico discurso que he tenido el honor de glosar.

No quisiera terminar mi intervención sin antes resaltar la contribución que el recipiendario ha hecho con su buen hacer, al estilo de lo que decía el filósofo Séneca, lento en el enseñar por teorías, pero breve y eficaz por el ejemplo: aglutinó un banco dividido, creó el mejor equipo bancario de España, profundizó en las teorías de la dimensión de la banca, que ya había enunciado en 1986 y puso en práctica en 1987, su antecesor, José Ángel Sánchez Asiaín, miembro numerario de esta Real Academia, y completó su obra con la fusión y aparición del nuevo banco BBVA en 1999.

Dice un proverbio griego que el poder es la prueba del hombre, pero todos los

que lo conocemos estamos de acuerdo que el poder no lo ha cambiado. Aunque hoy, Emilio Ybarra es uno de los banqueros españoles mas conocidos en el mundo internacional, su sencillez, su simpatía y su accesibilidad destacan de tal manera, que todo el mundo encuentra siempre en él una respuesta humana y adecuada ante cualquier planteamiento profesional que se le haga.

Tal como dice Deepak Chopra en su libro “Las siete leyes espirituales del éxito”:

Eres lo que es tu deseo profundo e impulsor.

Tal como es tu deseo , así es tu voluntad.

Tal como es tu voluntad, así son tus obras.

Tal como son tus obras, así es tu destino

Muchas felicidades al nuevo Académico y a esta Real Academia por tan relevante incorporación.

